

SANTA HILDEGARDA DE BINGEN: ¿POR QUÉ “DOCTORA DE LA IGLESIA”?

Responden Bernardo de Claraval y Eugenio III

RESUMEN

Las cartas de Bernardo abad de Claraval y del papa Eugenio III dirigidas a Hildegarda de Bingen pueden ser leídas como un díptico que responde a la pregunta: ¿por qué “Doctora de la Iglesia”? La primera, ciertamente breve, pero muy sustanciosa, iluminada por el Espíritu Santo y fundada en la Palabra de Dios, en la que la tranquiliza y anima, afirma que la unción del Espíritu Santo, la devoción-adoración para con Dios, la humildad para consigo mismo y la caridad para con los demás, son los requisitos subjetivos necesarios para ser un teólogo monástico. En la segunda, confirmación eclesial del carisma y la misión de la abadesa, encontramos las claves objetivas: cristológico-pascual, eclesial-esponsal, pneumático-metodológica y monacal, junto con algunas dimensiones e instrumentos necesarios para ser una “auténtica maestra en teología”.

Palabras clave: Hildegarda, teología, monástica, mística

ABSTRACT

The letters of Bernard abbot of Clairvaux and Pope Eugene III addressed to Hildegard of Bingen can be read as a diptych which answers the question: Why “Doctor of the Church”? The first, certainly brief albeit very substantial, illumined by the Holy Spirit and founded on the Word of God, in which she tranquillizes and encourages, affirms that the Uncction of the Holy Spirit, the devotion-adoration towards God, the humbleness towards oneself, and the charity towards others, are subjective and necessary conditions for a monastic theologian. In the second, confirmation of the ecclesial charisma and mission of the

abbess, we find the objective clues: christological-paschal, ecclesial-sponsal, pneumatic-methodological and monastic, together with some dimensions and instruments necessary in order to be an “authentic teacher in theology”.

Key words: Hildegard, theology, monastic, mysticism

El siete de octubre de 2013 el Santo Padre proclamó a santa Hildegarda “Doctora de la Iglesia”, en la apertura de la Asamblea General del Sínodo de los Obispos sobre “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. La pregunta que surge es: ¿por qué? Les propongo escuchar la respuesta de sus contemporáneos: Bernardo de Claraval y Eugenio III. Recorreremos así el mismo camino que ella, según recuerda Benedicto XVI en la primera catequesis dedicada al perfil biográfico-espiritual de la abadesa de Bingen:

“Como sucede siempre en la vida de los verdaderos místicos, también Hildegarda quiso someterse a la autoridad de personas sabias para discernir el origen de sus visiones, temiendo que fueran fruto de imaginaciones y que no vinieran de Dios. Se dirigió por ello a la persona que en sus tiempos gozaba de la máxima estima en la Iglesia: san Bernardo de Claraval (...) Este tranquilizó y animó a Hildegarda. Pero en 1147 ella recibió otra aprobación importantísima. El papa Eugenio III, que presidía un sínodo en Tréveris, leyó un texto dictado por Hildegarda (...) El Papa autorizó a la mística a escribir sus visiones y a hablar en público”.¹

La Profetisa Teutónica² entabló por carta sendos diálogos, “silenciosos”,³ “diferidos”⁴ y breves, con el Doctor Melifluo y el papa cisterciense. A través de una lectura atenta y meditada de los textos participaremos en ellos.

1. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (II)”, en: *Figuras femeninas del Medioevo, Catequesis durante las audiencias de los miércoles*, Buenos Aires, Ágape Libros, 2011, 8-9.

2. Cf. M. SCHRADER, “Hildegarde de Bingen”, en: *Dictionnaire de Spiritualité Ascétique et Mystique Doctrine et Histoire*, Paris, Beauchesne, 1969, VII, Première partie, 505-521; A. A. FRABOSCHI, *Hildegarda de Bingen. La extraordinaria vida de una mujer extraordinaria*, Buenos Aires, EDUCA, 2004; *Bajo la mirada de Hildegarda abadesa de Bingen*, Buenos Aires, Niño y Dávila, 2010.

3. El género epistolar fue muy apreciado por los monjes medievales porque les permitía conversar por escrito y a la distancia, manteniendo el silencio regular, la estabilidad y la clausura. J. Leclercq ha descrito el ritual de la confección, envío, entrega, recepción y lectura de las cartas en los monasterios de los siglos XII y XIII. Cf. *Cultura y vida cristiana, Iniciación a los autores monásticos medievales*, Salamanca, Sígueme, 1965, cap. VIII.

4. P. VIOL, “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar”, *Revista de Occi-*

En el siglo XI, Alberico de Monte Casino escribió el *Breviarium de Dictamine* para sistematizar el arte de escribir cartas y distinguió cinco partes en ellas: la *salutatio* (saludo), la *benevolentiae captatio* (captación de la benevolencia) o el *exordium* (introducción), la *narratio* (narración o desarrollo), la *petitio* (petición) y la *conclusio* (conclusión). Las seguiremos en nuestra exposición, recurriendo para su consideración a las fuentes y a algunas investigaciones contemporáneas. Concluiremos con una breve consideración.

1. El abad Bernardo de Claraval: Los requisitos subjetivos⁵

El intercambio de cartas entre Hildegarda y Bernardo fue decisivo, para su vida y obra, pues sirvió para que el monje cisterciense conociera la existencia de esta monja benedictina visionaria, y en el mismo año intercediera por ella ante Eugenio III.⁶

La carta de la abadesa, la primera conservada de su *Epistolario*,⁷ comienza así:

“Oh venerable padre Bernardo, que te encuentras milagrosamente en grandes honores por la fuerza de Dios, debes de ser el temor de la ilícita necedad de este mundo. A ti, que lleno de excelso afán has reunido a los hombres en ardiente amor al Hijo de Dios bajo el estandarte de la santa cruz para combatir como milicia cristiana la violencia de los paganos, te ruego por Dios vivo que me escuches a mí, que te interrogo...”⁸

Por la alusión a la segunda cruzada (Vezélay) se la puede fechar

dente 68 (1987), 87. Una conversación que se da en ausencia de uno de los interlocutores y que lleva a la reconstrucción imaginaria del otro en un lugar y tiempo distinto, por lo que la epístola es escrita para ser leída en el futuro y acorde a esto, organiza su discurso.

5. Adaptación de “Hildegarda de Bingen: doctora en la Iglesia y de la Iglesia. Los requisitos para ser un teólogo monástico según la *Epistola CCCLXVI Ad Hildegardem abbatissam* de Bernardo de Claraval”, en: *VII Jornadas Nacionales de Filosofía Medieval, Cuestiones medievales, La actualidad del maestro interior*, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires, Abril, 2012.

6. Cf. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Barcelona, Herder, 2005, 43-44.

7. V. CIRLOT, “Notas”, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, Madrid, Siruela, 2001, 165.

8. *Epistola I*, en *Hildegardis Bingensis Epistolarium*, Pars Prima I-XC, *Corpus Christianorum, Continuatio Medievalis* XCI, Brepols, Turnolt, 1991, 3-7. Traducción de V. CIRLOT, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, 113. En adelante *Epistola I*. Sobre la cuestión de los manuscritos Cf. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, 43, n. 1.

en 1146, cuando Bernardo predicaba a lo largo del Rhin, cinco años después de la iluminación descrita en el Prólogo al *Scivias*.⁹

Como afirma Mauro Mattei, osb: “La respuesta de San Bernardo a una misiva tan cálida no podía ser menos espiritual”.¹⁰ Le contestó, “con suma prudencia por cierto, pero también con simpatía”,¹¹ con la *Epistola Ad Hildegardem abbatissam*, datada entre 1146-1147,¹² antes del Sínodo de Tréveris.¹³ Resulta difícil clasificarla, porque es de exhortación, consolación, dirección, y a la vez doctrinal.¹⁴

Según algunos investigadores “en esta época, Bernardo no había leído todavía la obra de Hildegarda; en su respuesta la estimula, pero en términos bastante generales”,¹⁵ y para otros: “contesta la carta de la atribulada religiosa de manera un tanto impersonal”.¹⁶ Estas dos características, a primera vista negativas, son las que nos permitirán extraer de ella algunos de los requisitos para ser un teólogo monástico.

1.1. *Salutatio: Títulos*

“El hermano Bernardo, conocido como abad de Claraval, a su amada hija en Cristo, Hildegarda: lo que puede alcanzar la oración de un pecador”.¹⁷

9. “Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro todo y, cual llama que aviva y no abraza, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el sol caliente las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto dicen las Escrituras: los Salmos, los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento, aún sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos” (SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *Scivias, Protestificatio*, trad. de A. Casto Zafra y M. Castro, Madrid, Trotta, 1999, 15-16).

10. M. MATTEI, “Genealogía espiritual y descendencia de Hildegardis de Bingen: (1098-1179)”, *Cuadernos Monásticos* 176 (2011) 63.

11. G. M. COLOMBÁS, *La tradición benedictina, Ensayo histórico IV/2*, Zamora, Monte Casino, 1994, 916.

12. Cf. M. SCHRADER y A. FÜRHRKÖTTER, *Die Echtheit des Schrifttums der heiligen Hildegard*, Colonia, Gratz, 1956, 108-109.

13. “La virilidad y entereza de esa mujer admirable no pudo menos de apasionar a Bernardo, quien tomó como propia la causa de la profetisa y reformadora, obteniendo del Concilio plena aprobación de sus doctrinas y actividades” (A. VICUÑA, *San Bernardo*, Santiago, Nascimento, 1937, 268).

14. Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana*, 223.

15. G. EPINEY-BURGARD y E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios, Una tradición silenciada en la Europa Medieval*, Barcelona, Paidós, 1998, 53.

16. A. A. FRABOSCHI, *Hildegarda de Bingen*, 57.

17. *Carta 366, A la abadesa Hildegarda*, en *Obras completas de San Bernardo VII, Cartas*,

Bernardo se presenta primero con dos “títulos”: *hermano*, su ser-identidad, y *abad*, su misión-vocación; quien se dirige a Hildegarda, llamándola “amada hija en Cristo”, con lo que aparece un tercero: *padre*, haciéndose eco de las repetidas veces en que ella lo llama así: “Oh venerable padre Bernardo”, “Padre, estoy muy angustiada”, “Dulce padre lleno de certeza”, “Por amor de Dios quiero que me consoléis, padre”, “Dulce y buen padre...”; y concluye con un deseo, que señala un cuarto, de no menor importancia: *pecador*, en su relación con Dios.

Estas cuatro autodenominaciones proponen un juego de relaciones interiores y exteriores, horizontales y verticales¹⁸ que enmarcan perfectamente la respuesta del abad a la consulta de la abadesa.

1.2. *Captatio benevolentiae o exordio: Virtudes*

“La opinión que tienes de mi insignificancia es muy distinta de la que me manifiesta mi conciencia, y creo que eso se debe únicamente a tu humildad.¹⁹ A pesar de ello no demoro contestar tu carta dictada por el amor, aunque el cúmulo de preocupaciones me obligue a ser más breve de lo que quisiera”.²⁰

¿Cuál es esa opinión de Hildegarda sobre Bernardo?:

“Por amor de Dios, quiero que me consueles, padre, y estaré segura. Te vi hace más de dos años en aquella visión como un hombre que miraba el sol con audacia y no tenía miedo. Y lloré, pues mucho enrojeczo y soy cobarde (...) Con dolor me lamento ante ti, pues soy talada del árbol caído del lugar de mi

Madrid, BAC, 1990, 1056-1057. “*Dilectae in Christo filiae Hildegardi, frater Bernardus, Claraevallis vocatus abbas: si quid potest, oratio peccatoris*”.

18. En el texto latino el orden es padre/hermano, abad/pecador, lo que hace recordar uno de sus sermones: “...tenemos aquí presentes a nuestros venerables hermanos y coabades que pertenecen a la jerarquía, y también se hallan algunos monjes, que viven en la condición de penitentes. Nosotros, los abades, no podemos olvidar que también pertenecemos a ese estado, a no ser que –Dios no lo permita– por los privilegios de nuestro ministerio olvidemos nuestra profesión” (SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones litúrgicos, Sermón a los Abades*, 1, en: *Obras completas de San Bernardo IV*, Madrid, BAC, 1986, 443).

19. En la edición anterior se lee: “Lo que algunos sienten de mí –y que es muy distinto de lo que me dice mi conciencia– hay que atribuirlo no a mis méritos, sino a la insensatez de los hombres” (*Carta 366, A Hildegarda abadesa*, en: *Obras completas de San Bernardo II* (último), Madrid, BAC, 1955, 1197).

20. “*Quod de nostra exiguitate longe aliter quam nostra sese conscientia habeat sentire videris, non nisi humilitati tuae credimus imputandum. Minime tamen ad litteras caritatis tuae rescribere dissimulavi, quamvis id brevius omnino quam vellem negotium multitudo compellat*”.

naturaleza, nacida de la raíz que por sugestión del diablo salió en Adán, por lo que él mismo fue expulsado al mundo peregrino. Y saliendo, corro a ti. Y te digo: tú no serás talado, sino que siempre levantas el árbol y eres vencedor en tu alma, y no sólo te conduces tú mismo a la salvación, sino al mundo entero. Eres un águila mirando al sol (...) Tú buscas todo en Dios, en el hombre, o en el mismo secreto, y lo harás hasta que traspases por la hendedura de tu alma de tal modo que todo lo conozcas en Dios”.²¹

“Esta primera carta de Hildegardis (...) la muestra de cuerpo entero”,²² al dar su opinión sobre Bernardo, habla también de su propia persona. Exalta al destinatario y se humilla a sí misma; y éste al recibir las alabanzas las devuelve reconociendo la humildad de Hildegarda. La virtud de la humildad se ve reflejada en ambos.

Hildegarda buscaba consuelo paternal: “Por amor de Dios, quiero que me consueles, padre, y estaré segura...”. Consuelo que consiste en someterse a su piedad y sabiduría, discernimiento y prudencia, porque lo considera iluminado por el Espíritu Santo; esto es muy importante porque reaparecerá en la respuesta:

“Dulce padre lleno de certeza, respóndeme con tu bondad, a mí, indigna sierva tuya, que nunca desde la infancia he vivido segura ni una hora. Con tu piedad y sabiduría escruta tu alma tal y como has sido enseñado por el Espíritu Santo, y ofrece el consuelo de tu corazón a tu sierva”.²³

Retornando al texto encontramos, primero la referencia a tres elementos que se equilibran entre sí: la opinión ajena, la propia conciencia y la humildad (propia-ajena), y en un segundo momento, a la caridad, manifestada en la valoración y confianza de Hildegarda hacia Bernardo y viceversa, puesta en evidencia en la prontitud y la delicada disculpa por la brevedad. En ambos se ve espejada también la caridad.

Las virtudes de la humildad y la caridad, que en la tradición monástica benedictina van siempre asociadas,²⁴ son los dos primeros

21. *Epistola* I, 114.

22. M. MATTEI, “Genealogía espiritual y descendencia de Hildegardis de Bingen: (1098-1179)”, 64.

23. *Epistola* I, 114.

24. Cf. J. LECLERCO, *Consideraciones monásticas sobre Cristo en la Edad Media*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999, 79s; P. E. GÓMEZ, “*Descensus et ascensus Christi*. Fundamento de la humildad. Consideraciones sobre el *Sermón vario* 87, 1-3, de Bernardo de Claraval”, *IIª Jornadas de Pen-*

requisitos para ser un teólogo monástico. ¿Qué entienden Bernardo y Hildegarda por estas dos virtudes?

“La humildad –según el abad en *Los grados de la humildad y de la soberbia*– podría definirse así: es una virtud que incita al hombre a menospreciarse ante la clara luz de su propio conocimiento. Esta definición es muy adecuada para quienes se han decidido a progresar en el fondo del corazón”,²⁵ o dicho más brevemente: “la humildad es el desprecio del propio prestigio”,²⁶ porque de la “unión entre la Palabra y la razón nace la humildad”.²⁷ “La caridad auténtica y verdadera, –dice en la *Carta a Los Cartujos*– la que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera, es aquella por la que amamos el bien del prójimo como el nuestro”.²⁸ Y agrega: “Porque quien sólo ama lo suyo, o lo ama más que a los demás, es evidente que no ama el bien por el bien, sino por su propio provecho (...) El amor del hijo, en cambio, no busca su propio interés”.²⁹ Y en el *Super Cantica* recuerda que la caridad no guarda para sí lo que recibe para los demás: “Las palabras oportunas y sabias, el don de curaciones, el carisma de profecía y otros semejantes, de los que podemos carecer sin riesgo para nuestra salvación, se nos conceden sin duda para la salvación de los hermanos”.³⁰

“La humildad y la caridad –dice la abadesa en *Scivias*– son luminosas, más que las otras virtudes, pues son como la trabazón del alma y del cuerpo (...) La humildad es como el alma y la caridad, como el cuerpo: no pueden separarse, sino que obran unidas...”,³¹ “La caridad y la humildad –agrega en *El libro de las Obras Divinas*– existen en la divinidad purísima de la que fluyen los ríos de la santa felicidad (...) La caridad y la humildad, descendiendo con el mismo Hijo de Dios a la tierra, lo acompañaron cuando retornaba a los cielos”.³²

samiento Medieval “Presencia y presente del pensamiento medieval”, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

25. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Los grados de la humildad y de la soberbia*, Prólogo I, 2, en: *Obras completas de San Bernardo*, I, Madrid, BAC, 1993, 175.

26. *Ibid.*, II, 14, 193

27. *Ibid.*, VII, 21, 203.

28. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta 11, A los cartujos y a su prior Guigo*; VII, 133

29. *Ibid.*

30. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sobre el Cantar de los Cantares, Sermón 18*, 1, en: *Obras completas de San Bernardo*, V, Madrid, BAC, 1987, 259.

31. *Scivias* I, 33, 45.

32. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *El libro de las Obras Divinas* 3, 3.

1.3. *Narratio: Requisitos*³³

1.3.1. Humildad y devoción

“Me gozo por la gracia de Dios que se revela en ti (1 *Tim* 4, 14). Y para que la consideres como gracia y procures responder a ella con toda humildad y devoción, consciente de que *Dios se enfrenta a los arrogantes, pero concede gracia a los humildes* (*Iac* 4, 6), yo por mi parte te exhorto y animo a ello (1 *Thess* 4, 1)”³⁴.

Bernardo con humildad y caridad se goza en el bien ajeno; exhorta y anima a Hildegarda, en una palabra, la consuela, porque reconoce en esas visiones que ella relata una gracia, palabra que se repite tres veces, y quiere que ella las valore del mismo modo. Son un don de lo alto al que debe responder con humildad (para consigo misma) y devoción (para con Dios), dos actitudes que se implican mutuamente,³⁵ haciéndolo fructificar y compartiéndolo con caridad (para con los demás).

33. “De la *Regla de San Benito* se pueden extraer las cualidades del monje: la obediencia (RB. 5), el silencio (RB. 6), la humildad (RB. 7), el buen celo (RB. 72). Pero éstas son también las cualidades de un buen teólogo. 1. La *Obediencia* –el teólogo tiene que someterse a la realidad sin importarle el cuadro prefabricado de su método o el prejuicio de su inteligencia: debe estar a la escucha de Dios, fiel a los impulsos de la gracia, a los datos de la Revelación y a las orientaciones del Magisterio. 2. El *Silencio* –el teólogo se debe ser sobrio en cuanto a las palabras: un predicador puede permitirse cierto énfasis de elocuencia, un autor espiritual una cierta repetitividad en el discurso, pero para un teólogo se requiere más rigor, como saber callar cuando alcanza la orilla del misterio de Dios. 3. La *Humildad* –el teólogo debe compartir el presentimiento de cada descubrimiento confrontando el objeto de su búsqueda: el presentimiento de su propia incompetencia, su propia incapacidad, su propia impotencia al acoger aquello que busca. Su objetivo no es dominar y resolver un problema sino es respetar un misterio. 4. El *Celo* –el teólogo debe dedicarse con ardor, con pasión a su búsqueda, pero debe evitar las discusiones improductivas en las que se desarrollan un celo malo, la vanagloria y la voluntad propia. Como puede notarse, las cualidades del teólogo y las del monje coinciden, aunque no se ejercitan en el mismo campo (...) Las cualidades que San Benito prevé para el monje son aquellas mismas de las que el teólogo tiene que ser dotado para ejercitar su inteligencia en conformidad con su fe. Esta convergencia no es fortuita si, uno y otro, el monje y el teólogo, «buscan verdaderamente a Dios»...” (Estratto da *Stile di Vita monastico*, Abbazia Nostra Signora della Trinità, Morfasso, Italia, 1991. Trad. C. J. ARGUELLO). Estas cuatro cualidades se encuentran presentes en Hildegarda. Cf. I. F. DE CASSAGNE, “Una lectura del *Ordo Virtutum* de Hildegarda de Bingen en clave benedictina”, en: *Hildegarda de Bingen, Ordo Virtutum. El drama de las virtudes*, CD realización de A. A. FRABOSCHI, *Jornada interdisciplinaria*, Bs. As., 2007.

34. “*Congratulamur gratiae Dei, quae in te est. Et ut eam tamquam gratiam habeas et toto ei humilitatis et devotionis affectu studeas respondere, sciens quod Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam, quod in nobis est, hortamur et obsecramus*”.

35. Es inevitable recordar aquí el capítulo LVII, 1-3.9 de la *Regula Monachorum*: “Los artesanos que pueda haber en el monasterio, ejerzan con humildad sus artes, si el abad se los permite. Pero si alguno de ellos se engríe por el conocimiento de su oficio, porque le parece que hace algo por el monasterio, sea removido de su oficio, y no vuelva a ejercerlo, a no ser que se humille, y el

La abadesa, que “...se encontraba en la difícil tesitura de aceptar la gran transformación interior que significaba exteriorizar su interioridad (...) dejar de ser una visionaria para convertirse en profeta”,³⁶ le cuenta en su carta los motivos subjetivos de su reticencia a hacer públicas sus revelaciones y los textos resultantes de ellas:

“Padre, estoy muy angustiada por una visión que me apareció en el espíritu como misterio, pues nunca la vi con los ojos exteriores de la carne. Yo, miserable de mí y aún más miserable en nombre femenino, vi desde mi infancia grandes maravillas que mi lengua no podría relatar si el Espíritu de Dios no me hubiera enseñado a creer”.³⁷

Estos motivos se unen a otro objetivo: “No me he atrevido a decir esto a nadie, ya que, según oigo decir, hay muchos cismas entre los hombres...”.³⁸

La inseguridad proviene no sólo de su ser mujer: “Yo, miserable de mí y aún más miserable en nombre femenino...”, sino también de su ser iletrada: “Soy un ser indocto que no ha recibido ninguna enseñanza de temas exteriores”, o como dice en *Scivias*: “...sin conocer la explicación de cada una de las palabras del texto, ni de la división de las sílabas, ni los casos, ni los tiempos”.³⁹ Como respuesta a estas dificultades, que no eran exclusivas de Hildegarda sino de todas las mujeres,⁴⁰ recuerda J. Leclercq, osb., que “varias de ellas utilizaron, para expresarse, la forma literaria de la «visión» o «revelación»...”.⁴¹

Inseguridad que se veía agravada por el relajamiento de las observancias monásticas, la difusión de movimientos heréticos como los cátaros, y por las condenas de las elaboraciones teológicas de Pedro Abelar-

abad lo autorice de nuevo (...) para que en todo sea Dios glorificado” (SAN BENITO, *La Regla de los monjes*, Buenos Aires, ECUAM, 2001, 145s). Lo que se dice de los artesanos en los monasterios es aplicable a los maestros en las escuelas.

36. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, 44.

37. *Epistola I*, p. 114.

38. *Ibid.*

39. *Scivias*, Prolog., 1, 1; Cf. *Liber Divinorum Operum*, Prolog.; Ep. 51 y 77; *Regulae S. Benedicti Explanatio* 1.

40. “No teniendo, en principio, las mujeres el derecho a enseñar públicamente, la ignorancia que confesaban o que les era imputada remitía a otro tipo de conocimiento experimental e inspirado, para el que la diferencia de sexo no contaba” (G. EPINEY-BURGARD Y E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios*, 41).

41. J. LECLERCO, *Consideraciones*, 209-210.

do, Guillermo de Conches y Gilberto de Poitiers, en las que tuvo crucial participación Bernardo.⁴² Por eso le escribe para que la autorice a revelar públicamente sus visiones, y de este modo dar un paso decisivo en el proceso de su validación ante el mundo eclesiástico.⁴³

Consideremos ahora los textos bíblicos, tomados de epístolas apostólicas, que están por detrás de la primera sección de la *narratio*. Ninguno es textual, son sólo alusiones, indicios, para seguir leyendo, meditando y orando.

El primero, tomado de la exhortación de Pablo a Timoteo, su verdadero hijo en la fe: “No malogres el don espiritual que hay en ti y que te fue conferido mediante una intervención profética...”⁴⁴ Bernardo no sólo discierne que se trata de un genuino carisma, sino que da un paso más, ya que la pequeña referencia: “*quae in te est*”, “*que está en ti*”, debe haber bastado para que la abadesa recordara los restantes avisos y consejos que se encuentran en los vv. 6-16, útiles a pastores y doctores.

El segundo, procede de Santiago: “Pero él nos da una gracia más grande todavía, según la palabra de la Escritura que dice: *Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*”,⁴⁵ y con el que insiste en el tema de la humildad, sugerido en la *salutatio* y explícito en el *exordio*; se trata de un don, no es algo propio o fruto del esfuerzo de una mujer indocta, con lo que se evita la presunción, la vanagloria y el orgullo.

Y el tercero, de Pablo a los cristianos de Tesalónica: “Por lo demás, hermanos, les rogamos y los exhortamos en el Señor Jesús, que

42. “...dentro de este cuadro es posible entender los motivos que explican cómo Bernardo de Claraval acoge de forma tan positiva los relatos de las visiones de Hildegarda. Al aceptar el universo visionario de una monja todavía no muy conocida, él obtenía un material que reforzaba tanto su desaprobación de los lujos de los monjes de Cluny, cuanto la autoridad de sus críticas en la condenación de enseñanzas como la de Abelardo. El contenido de lo maravilloso inherente a la idea misma de las visiones era una alternativa al uso sistemático de la dialéctica en la búsqueda de explicaciones racionales...” (C. L. PALAZZO, “Hildegarda de Bingen: la excepcional trayectoria de una visionaria medieval”, en: A. A. FRABOSCHI (Comp.), *Conociendo a Hildegarda, la abadesa de Bingen y su tiempo, 1ª Jornada interdisciplinaria*, Buenos Aires, EDUCA, 2003, 56). Veremos más adelante otros motivos del abad.

43. “Durante la década de 1137-1147, fue ganando aceptación en el poderoso mundo masculino que la rodeaba, primero en el círculo del arzobispo de Maguncia, y luego en el mismísimo papa” (P. DRONKE, *Las escritoras de la Edad Media*, Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1995, 216).

44. “*noli neglegere gratiam quae in te est quae data est tibi per prophetiam cum inpositione manuum presbyterii*” (1 Tim 4,14).

45. “*maiores autem dat gratiam propter quod dicit Deus superbis resistit humilibus autem dat gratiam*” (Iac 4,6).

vivan conforme a lo aprendido de nosotros sobre la manera de comportarse para agrandar a Dios. De hecho, ustedes ya viven así: hagan mayores progresos todavía”,⁴⁶ no sólo la exhorta y anima, sino que además la invita a progresar y crecer más, evitando la negligencia, la pereza y la necedad.

Bernardo quiere que corresponda al don con “toda la capacidad de amar en humildad y devoción”. El tercer requisito, asociado a los anteriores, es por tanto la devoción. “Bueno es, por tanto, el camino de la humildad –enseña en *Los grados de la humildad y de la soberbia*–; en él se busca la verdad, se encuentra la caridad, y se comparten los frutos de la sabiduría”.⁴⁷

La devoción-adoración⁴⁸ es una dimensión de la humildad: “Cuánto deseo –dice en el *Super Cantica*– que todos vosotros exhaléis esa sagrada unción que recoge los beneficios de Dios en la gozosa gratitud de la santa devoción”,⁴⁹ porque: “Por lo demás, en mi opinión, es mucho mejor el perfume de la devoción, preparado con el recuerdo de los beneficios divinos, que es considerado tan apto para ungir la cabeza, que Dios ha declarado: *El que me ofrece acción de gracias, ése me honra*”.⁵⁰

46. “de cetero ergo fratres rogamus vos et obsecramus in Domino lesu ut quemadmodum accepistis a nobis quomodo vos oporteat ambulare et placere Deo sicut et ambulatis ut abundetis magis” (1 Thess 4,1).

47. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Los grados de la humildad y de la soberbia*, II, 5; I, 179.

48. “...el respeto por la verdad no es separable de aquella disposición de veneración que llamamos adoración. Verdad y culto están en una relación mutua e inseparable; lo uno no puede desarrollarse realmente sin lo otro, aún cuando tantas veces se hayan separado a lo largo de la historia” (J. RATZINGER, “Sobre la esencia de lo académico y de su libertad”, en *Naturaleza y Misión de la Teología: ensayos sobre su situación en la discusión contemporánea*, Buenos Aires, Ágape, 2007, 47). “Que el término Academia fuera originalmente el nombre del lugar contiguo a un templo suburbano, antes de que Platón erigiera allí su escuela, puede parecer, a primera vista, algo bastante accidental para la historia de la nueva institución. En una mirada más atenta se manifiesta aquí una conexión más profunda, que probablemente no fuera irrelevante para el fundador. Pues la Academia de Platón era desde el punto de vista jurídico una asociación cultural. De acuerdo a eso, la veneración cultural de las musas era un componente de la vida en ella; expresamente existía el oficio del que preparaba la ofrenda. Esto es mucho más que una casualidad extrínseca, o una suerte de concesión a las estructuras sociológicas de entonces. La libertad para la verdad y la libertad de la verdad no pueden existir, en última instancia, sin el reconocimiento y la veneración de lo divino (...). La libertad de la verdad se ubica en Platón, el primero en formularla filosóficamente, no sólo por casualidad sino esencialmente en el contexto de la veneración, en el contexto del culto...” (*ibid.*, 47-48). Cf. A. H. ZECCA, “Cuestiones en torno a la «Libertad» y la «Verdad»”, en: *Itinerarios teológicos I*, Buenos Aires, Guadalupe, 2008, 207.

49. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sobre el Cantar de los Cantares, Sermón 11*, I, 1; V, 171.

50. *Ibid.*, *Sermón 12*, VII, 10; V, 191-193.

1.3.2. Unción

“Por lo demás, donde existe un maestro (el texto latino dice: *eruditio*) interior y la unción que lo enseña todo (1 Io 2, 27), ¿qué puedo enseñar o advertir yo?”⁵¹

Bernardo presenta el cuarto requisito, que en realidad es el primero: un saber interior y una unción que le enseña todo, o dicho de otro modo, “la instrucción del Espíritu Santo”. Está en la línea de lo que dijo en *A los clérigos sobre la conversión*:

“No pienses que son mis palabras las que te van a descubrir esta realidad. Es únicamente el Espíritu el que lo revela todo. En vano consultarás libros, busca más bien su experiencia. Es una sabiduría cuyo valor desconoce el hombre. Surge de lo profundo (...) Se aprende con la unción, no con el estudio; la conciencia lo comprende, no la ciencia”.⁵²

Recordemos que Hildegarda recurre a Bernardo por el mismo motivo: “has sido enseñado por el Espíritu Santo”.

En la *Vita sancta Hildegardis*⁵³ Theoderich nos habla de una monja madura, con experiencia, sabia, quien recibe una visión y locución que se resiste a revelar, por los motivos aludidos más arriba. Dios la tiene que obligar, por la enfermedad,⁵⁴ a que escriba lo que ha visto y oído. Su biógrafo, un poco más adelante, anota:

“Entonces en aquella visión fui obligada por grandes dolores a manifestar claramente lo que viera y oyera, pero tenía mucho miedo y me daba mucha vergüenza decir lo que había callado tanto tiempo (...) En esta visión (primera) comprendí los escritos de los profetas, de los Evangelios y de otros santos y

51. “*Ceterum ubi interior eruditio est et unctio docens de omnibus, quid nos aut docere possumus aut monere?*”. La edición anterior de la BAC agregaba a continuación siguiendo el texto de la PL 182, 572: “*Se dice de usted que sondea los secretos celestiales y que conoce con la instrucción del Espíritu Santo, las cosas que están por encima de los hombres*” (Carta 366, *A Hildegarda abasesa*, 1197).

52. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Tratados, A los clérigos sobre la conversión* XII, 25; I, 401.

53. “Transcurrieron muchos años en los que Hildegarda perseveró en el santo propósito de complacer a Dios, y llegó el tiempo en que su vida y sabiduría habrían de manifestarse para la salvación de muchos. La voz de Dios le instaba a que se detuviera a escribir lo que hubiera visto u oído. Ella lo retrasaba por vergüenza femenina, temiendo además no sólo la jactancia del vulgo sino los juicios temerarios de los hombres. Pero un violento aguijón la obligó a no dudar más en descubrir los secretos revelados del cielo...” (THEODERICH VON ECHTERNACH, *Vida*, I, III, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, 39).

54. Suponemos que este es el sentido de “patética” que Colombás da a la carta, cf. 916.

filósofos sin ninguna enseñanza humana y algo de esto expuse, cuando apenas tenía conocimiento de las letras, tal y como me enseñó la mujer iletrada”.⁵⁵

Este texto recoge en cierta forma lo dicho en la carta:

“Conozco el sentido interior de la exposición del Salterio, del Evangelio y de otros volúmenes, que me ha sido mostrado en esta visión. Como una llama ardiente conmovió mi pecho y mi alma enseñándome lo profundo de la exposición. Pero no me enseñó las letras que desconozco en lengua alemana. Sólo sé leer en simplicidad y no descomponer el texto. Respóndeme qué te parece todo esto. Soy un ser indocto que no ha recibido ninguna enseñanza de temas exteriores. He sido instruida en el interior de mi alma. Por eso hablo entre dudas. Pero me sentí consolada al sentir de tu sabiduría y de tu piedad”.⁵⁶

Desde 1141 la “Sibila Renana” recibió “una profunda comprensión sobre el sentido espiritual de la Escritura”:⁵⁷ “Y, de pronto, –escribe en el *Scivias*– gocé del entendimiento de cuanto dicen las Escrituras: los Salmos, los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento...”.⁵⁸ Por eso Leclercq no dudaba en llamarla: “doctora en la Iglesia”,⁵⁹ en la especialidad “dogmática”,⁶⁰ ya que “tanto en cristología como en los restantes ámbitos del saber teológico, se hace eco Hildegarda de la tradición patristica y litúrgica de que ella misma vive”.⁶¹ Las fuentes de su teología no son sólo las visiones y locuciones extraordinarias, sino sobre todo el *Opus Dei* y la *lectio divina*.

Las visiones son la materia prima de su trabajo teológico escrito, pintado, cantado, dramatizado y hecho terapia.⁶² Transmite el mensaje recibido

55. THEODERICH VON ECHTERNACH, *Vida*, II, II, 52.

56. *Epistola* 1, 113-114.

57. G. H. TAVARD, “Vida apostólica y reforma de la Iglesia”, en: *Espiritualidad Cristiana II, Alta Edad Media y Reforma*, Buenos Aires, Lumen, 2003, 23.

58. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *Scivias, Protestificatio*.

59. J. LECLERCO, *Consideraciones*, 210.

60. *Ibid.* “La abadesa benedictina pertenece a una época de globalidad todavía indisoluble: es al mismo tiempo naturalista, médica, poetisa, compositora y teóloga. Sus visiones integran la historia natural y la historia santa, la cosmología y la escatología” (G. EPINEY-BURGARD Y E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios*, 17).

61. J. LECLERCO, *Consideraciones*, 212.

62. Su obra profética, que constituye el centro de su teología monástica, digna de figurar al lado de los grandes tratados de sus contemporáneos Ruperto de Deutz y Joaquín de Fiore, está constituida por un tríptico visionario: *Scivias*, *Liber vitae meritum*, y *Liber divinorum operum*, en él “la profetessa non pretende di chiarire eventi futuri, ma di indicare la vera realtà del presente...” (R. OSCULATI, *La teología cristiana nel suo sviluppo storico, II. Secondo millennio*, Milano, San Paolo,

con un lenguaje alegórico en orden a la edificación de otros. Elabora la visión, la interpreta, la dicta, y sus ayudantes, Volmar y Ricarda, la escriben. Después, ella revisa todo lo que se ha escrito y corrige, retoca o añade. Esto supone un trabajo lento y dificultoso, que dura años, en el que intervienen: fe, experiencia y razón, memoria, imaginación y afectividad.⁶³ “Este despliegue hermenéutico de la experiencia no sucedió sin conflicto ni dolor”.⁶⁴

El contenido y los propósitos de su enseñanza son los tradicionales (Trinidad y creación, encarnación y redención, Iglesia y sacramentos, virtudes...etc.), pero las imágenes y los símbolos a los que recurre para exponerla no son para nada convencionales.⁶⁵ Benedicto XVI lo señala en la segunda catequesis:

“Las visiones místicas de Hildegarda se parecen a las de los profetas del Antiguo Testamento: expresándose con las categorías culturales y religiosas de su tiempo, interpretaba las Sagradas Escrituras a la luz de Dios, aplicándolas a las distintas circunstancias de la vida. Así, todos los que la escuchaban se sentían exhortados a practicar un estilo de vida cristiana y coherente... Las visiones de Hildegarda son ricas en contenidos teológicos. Hacen referencia a los principales acontecimientos de la historia de la salvación, y usan un lenguaje principalmente poético y simbólico”.⁶⁶

No entraremos en la discusión de si se trata de una genuina experiencia visionaria, experiencia mística, o de una “encubierta” técnica alegórica, elaboración teológica.⁶⁷ A partir de su experiencia,⁶⁸ “un conoci-

1997, 66). La forma de estos textos consiste en describir la visión y escuchar la palabra que la interpreta. Las miniaturas acompañan pictóricamente lo que se ha presentado a la visión interior, que experimenta en estado de vigilia, según dice en *De modo visionis suae*, respuesta a Guibert de Gembloux. Cf. A. A. FRABOSCHI (Comp.), *Desde el fulgor de la luz viviente...: Hildegarda de Bingen*, Buenos Aires, EDUCA, 2007.

63. “L'autorevole badessa rifugge da ogni tentazione dialettica, mette da parte ogni speranza soggettiva, ogni inquietudine esistenziale, ogni dubbio. La visione cifrata donatole dallo Spirito divino ha un'autorità assoluta ed obiettiva” (R. OSCULATI, *La teología cristiana nel suo sviluppo storico*, 66).

64. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, 48.

65. “Su estilo tan poco usual de enseñar la presenta como una pionera de nuevas formas. Hildegarda, que debe haber sido consciente de ello, se consideraba a sí misma una profeta, apropiándose libremente de imágenes de profecías del Antiguo Testamento y del Apocalipsis. Y así era considerada por la gente que la rodeaba” (G. H. TAVARD, “Vida apostólica y reforma de la Iglesia”, 23).

66. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (I)”, 11-12.

67. Cf. V. CIRLOT, “Epilogo, Técnica alegórica o experiencia visionaria”, 303-314. “En general, se ha negado a las obras de Hildegarda el carácter de visiones extáticas para considerarlas visiones «didácticas» por las cuales la abadesa habría transmitido en forma alegórica un saber previo destinado a una enseñanza” (G. EPINEY-BURGARD Y E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios*, 42).

68. Cf. P. E. GÓMEZ, “La *experientia* en la Teología de San Bernardo”, en: *X Jornadas de Teología, Filosofía y Ciencias de la Educación*, Córdoba, 2003, 49-56.

miento totalizador y revelador de sentido”,⁶⁹ elabora una verdadera teología, o como dice el papa: “interpretaba las Sagradas Escrituras a la luz de Dios, aplicándolas a las distintas circunstancias de la vida”.⁷⁰

La abadesa de Bingen es maestra, porque fue discípula;⁷¹ por eso sus contemporáneos no dudaron en llamarla: “maestra muy acreditada”,⁷² “maestra de las esposas de Cristo”.⁷³

Llegamos así a la cuestión: ¿quién fue el maestro de Hildegarda? “La primera miniatura del famoso manuscrito iluminado de Rupertsberg (...) muestra perfectamente cuál era la manera de proceder de la abadesa. Con la cabeza rodeada por las llamas del Espíritu Santo, escribe sus visiones sobre una tablilla de cera...”.⁷⁴ Es la respuesta que también encontramos en la cuarta alusión bíblica de la *narratio*: “Pero la unción que recibieron de él permanece en ustedes, y no necesitan que nadie les enseñe. Y ya que esa unción los instruye en todo, y ella es verdadera y no miente, permanezcan en él, como ella les ha enseñado”.⁷⁵

Unos versículos antes, Juan le dice a su comunidad: “Ustedes recibieron la unción del que es Santo y todos tienen el verdadero conocimiento” (v. 20). La unción del Santo es el criterio de discernimiento ante los falsos maestros, porque como dice en 4, 1: “Queridos míos, no crean a cualquiera que se considere inspirado: pongan a prueba su inspiración, para ver si procede de Dios, porque han aparecido en el mundo muchos falsos profetas”.

El Santo es Jesús, la unción es la Palabra recibida por la fe, que

69. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, 47.

70. “El elemento didáctico es posterior a la visión y consiste en la elaboración metódica de la interpretación con la ayuda de un saber adquirido (...) La visión en Hildegarda, es pues, en este caso, un modo de pensamiento simbólico que hace prevalecer la investigación del sentido trascendente sobre la de las causas y explicaciones, y que favorece el lirismo poético” (G. EPINEY-BURGARD Y E. ZUM BRUNN, *Mujeres trovadoras de Dios*, 43).

71. “El que pretende enseñar sin ser enseñado es como quien deja un barco sin timón a merced de las olas y de los escollos, en lugar de evitarlos. ¿Podrá formar un discípulo el que pretendió ser bueno, viviendo sin maestro alguno o con uno reprobable” (SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Tercera serie de sentencias* 123, en: *Obras completas de San Bernardo VIII*, Madrid, BAC, 1993, 383).

72. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *Epistola* 66.

73. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *Epistola* 52.

74. V. CIRLOT, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, 40.

75. “et vos unctionem quam accepistis ab eo manet in vobis et non necesse habetis ut aliquis doceat vos sed sicut unctio eius docet vos de omnibus et verum est et non est mendacium et sicut docuit vos manete in eo” (1 Io 2, 27).

actúa en el corazón por la acción del Espíritu Santo. En palabras de Bernardo: “¡Ojalá Dios nos envíe también ahora su Palabra y ablande con ella nuestro corazón! Que sople con fuerza su Espíritu y nos haga inteligible sus palabras: que sean para nosotros más preciosas que el oro fino, más dulces que la miel de un panal que destila”;⁷⁶ “El Espíritu es el que enseña, explicando temas espirituales a los que son espirituales”;⁷⁷ “Es incapaz de ver o hacer estas cosas el que no es iluminado por el Espíritu Santo, que ha arrebatado al profeta...”.⁷⁸

Y en otro de sus sermones dice: “...es necesario que la unción espiritual de la gracia sostenga nuestra debilidad...”.⁷⁹ Unción descrita en el *Super Cantica*:

“El fuego que es Dios consume pero no atormenta, arde con suavidad, destruye con gozo. Es llama devoradora, pero abraza de tal manera los vicios que comunica al alma una especie de unción. Reconoce, por tanto, al Señor en ese poder que te transforma y en ese amor que te inflama”.⁸⁰

Y que produce el mismo efecto señalado por la abadesa:

“Si purificada y pacificada la conciencia por este fuego que consume toda mancha de pecado y la herrumbre de los vicios, se sigue una repentina e insólita dilatación del espíritu, junto con la infusión de una luz que ilumina el entendimiento, sea para conocer las Escrituras o para penetrar en los misterios, lo primero según mi opinión para recrearlos y lo segundo para edificar al prójimo...”.⁸¹

La cuestión que resta es: ¿cómo supo Bernardo que Hildegarda había recibido tal unción? No la conocía personalmente y no había leído su obra, que estaba aún en elaboración. Las opciones son: a) pudo haber tenido él mismo una revelación divina escrutando su alma; o b) leyó algo en la carta, que le daba esa certeza. Lo primero no podemos saberlo porque no lo dice; pero en lo que respecta a lo segundo, podría encontrarse en esta bellísima *profesión de fe hildegardiana*:

76. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones, En alabanza de la Virgen Madre* 1, en: *Obras completas de San Bernardo* II, Madrid, BAC, 1984, 603.

77. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sobre el Cantar de los Cantares, Sermón* 24, II, 5; V, 349.

78. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sentencias, Tercera serie de sentencias* 109; VIII, 297.

79. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones litúrgicos, En la Dedicación de la Iglesia, Sermón* 1, 5; IV, 579.

80. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sobre el Cantar de los Cantares, Sermón* 57, 7; V, 725.

81. *Ibid.*, *Sermón* 7, 8; V, 725.

“Te ruego por la serenidad del Padre, y por su maravilloso Verbo, por el suave líquido de la contrición, el Espíritu de verdad, y por el santo sonido por el que suena toda criatura, y por el mismo Verbo del cual salió el mundo, y por la altura del Padre que con suave potencia mandó al Verbo al útero de la Virgen, de donde chupó la carne, tal y como la miel fue construida a su alrededor por el bresca. Y ese sonido, la fuerza del Padre, caiga en tu corazón y levante tu alma, porque no te quedes paralizado y ocioso ante las palabras de este ser”.⁸²

Al leerla podemos hacer nuestras las palabras de Régine Pernoud:

“Se comprende que san Bernardo haya reconocido en ella una *radiante luz*, pues Hildegarda renueva en su tiempo, con una fuerza inesperada, la expresión de los misterios que enseña la Biblia y transmite la Iglesia. Toda su obra lanza una mirada nueva, ardiente y encantadora en su sencillez, sobre el contenido de la fe”.⁸³

Porque como dice san Juan: “En esto reconocerán al que está inspirado por Dios: todo el que confiesa a Jesucristo manifestado en la carne, procede de Dios” (1 Jn 4,2). Y aquí la abadesa profesa, con imágenes simbólicas propias, su fe trinitaria en un Dios creador, redentor y santificador.

1.4. *Petitio y conclusio: Pedido*

“Más bien os ruego y os suplico humildemente que me recuerdes ante el Señor y a todos los que viven conmigo como familia espiritual en el Señor”.⁸⁴

La despedida contiene sólo un pedido: que rece por él y por su

82. *Epistola* 1, 114.

83. R. PERNOUD, *Hildegarda de Bingen, Una conciencia inspirada del siglo XII*, Barcelona, Paidós, 1998, 46.

84. “*Rogamus magis et suppliciter postulamus ut nostri memoriam habeas apud Deum et eorum pariter, qui nobis spirituali societate in Domino iuncti sunt*”. La edición española de Gregorio Díez Ramos, osb., siguiendo el texto de Migne y no el crítico de Leclercq-Rochais, agrega: “*Confío que el espíritu unido a Dios puede ayudar y socorrer mucho, pues la oración asidua del justo es poderosísima (Iac 5, 16). Por nuestra parte, rogamos también con insistencia por usted para que Dios la anime a obrar bien, la instruya en sus interioridades y la dirija a lo que permanece, a fin de que cuantos pusieron su esperanza en Dios no claudiquen, desesperando a causa de usted, sino, confortados con la copiosa bendición que sabemos que ha recibido, progresen de bien en mejor*” (Carta 366, *A Hildegarda abasesa*, 1198).

comunidad. Más allá de la formalidad encontramos dos elementos importantes a tener en cuenta: Hildegarda está en la presencia del Señor y Bernardo es padre de una familia espiritual, que comportan algunas similitudes temáticas con el saludo inicial.

Podemos concluir que no es cierto que: “Bernardo le contestó con una carta muy breve –apenas doce líneas- y de un tono un tanto irónico, alentándola a responder a la gracia con «humildad» y «devoción»...”,⁸⁵ o que le respondiera “escabulléndose elegantemente” con la referencia al maestro interior, en una “respuesta (...) bastante vaga, aunque simpática, que pudo consolar a la mística, pero que dudosamente solucionaría su problema”.⁸⁶

Una respuesta ciertamente breve, pero como hemos podido ver muy sustanciosa, podríamos hasta decir “concentrada”, iluminada por el Espíritu Santo y fundada en la Palabra de Dios, que afirma que la unción del Espíritu Santo, la devoción-adoración para con Dios, la humildad para consigo mismo y la caridad para con los demás, son los requisitos subjetivos necesarios para ser un teólogo monástico. Hildegarda los comprendió bien y los vivió, por eso ha sido proclamada Doctora de la Iglesia.

2. *El papa Eugenio III: Las claves objetivas*

La aprobación de Eugenio III en el Sínodo de Tréveris fue decisiva para Hildegarda. El pontífice, que estaba enterado de la existencia de la visionaria y de su obra por el arzobispo Enrique de Maguncia, a quien había recurrido el abad Kuno de San Disibodo, después de escuchar el informe de la comisión examinadora y el consejo de su maestro Bernardo⁸⁷ lee un fragmento del *Scivias*⁸⁸ y la impulsa a continuar escribiendo. Así lo narra Theoderich:

85. R. RIUS GATELL, “Hildegarda de Bingen, una mística que cuenta”, *Cistericum* 219 (2000), 665.

86. G. M. COLOMBÁS, *La tradición benedictina*, 917.

87. “A pesar de no haberse visto nunca, San Bernardo será el puente entre Hildegarda y el papa Eugenio III” (C. M. CYMBALISTA, “Hildegarda”, en: A. FRABOSCHI (ed.), *Conociendo a Hildegarda, La abadesa de Bingen y su tiempo*, 67).

88. “Evidentemente, es imposible saber qué pasaje del *Scivias* fue leído por el papa (...) Al

“También estaba allí presente Bernardo, abad de Clairvaux, de santo recuerdo, que con la aprobación de todos los asistentes exhortó al sumo pontífice a que no permitiera que la insigne luz fuera apagada con el silencio, y a que confirmara con su autoridad tanta gracia, que el mismo Señor había querido manifestar en el tiempo. El reverendo padre de los padres dio su consentimiento con bondad y sabiduría, y dirigió a la beata virgen unas cartas, en las cuales le concedía licencia en el nombre de Cristo y de san Pedro, y le animó a escribir”.⁸⁹

Dichas cartas constituyen la confirmación eclesial del carisma de la abadesa. Según enseña Benedicto XVI:

“Este, queridos hermanos, es el sello de una experiencia auténtica del Espíritu Santo, fuente de todo carisma: la persona depositaria de dones sobrenaturales nunca presume de ellos, no los ostenta y, sobre todo, muestra una obediencia total a la autoridad eclesial. En efecto todo don que distribuye el Espíritu Santo está destinado a la edificación de la Iglesia, y la Iglesia, a través de sus pastores, reconoce su autenticidad”.⁹⁰

Eugenio III, Bernardo Pignatelli de Montemagno, antiguo monje de Claraval en tiempos de Bernardo, y desde 1140 abad del monasterio de los Santos Vicente y Anastasio, en las afueras de Roma, fue elegido papa en 1145.⁹¹ “Se trata de un pontífice para quien la santidad es la principal preocupación en el ejercicio de sus funciones”.⁹² Una de sus prioridades fue elevar el nivel teológico-espiritual de clérigos y monjes, lo que implicaba, por un lado la revisión de las doctrinas que enseñaban los maestros de la primera escolástica (Pedro Abelardo y Gilberto de la Porrée), y por otro estimular la reflexión teológica (Bernardo Silvestre y Hildegarda de Bingen),⁹³ siguiendo el camino de los Padres, por lo cual encargó a Burgundio de Pisa la traduc-

menos, sabemos que se trataba de los primeros capítulos, los ya redactados en 1147, ya que la obra no fue completada hasta 1151” (R. PÉROUD, *Hildegarda de Bingen*, 35).

89. THEODERICH VON ECHTERNACH, *Vida*, I, IV, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, 41.

90. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (I)”, 9.

91. Cf. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta 237; Carta 238*, VII, 745-747; 750-755.

92. R. PÉROUD, *Hildegarda de Bingen*, 26.

93. “En el sínodo de Tréveris –de noviembre de 1147 a febrero de 1148- se produjo la ratificación papal de los escritos visionarios de Hildegarda, e, implícitamente, de la misión profética que la había impulsado a escribirlos. Antes, en el año 1147, en el mismo viaje a Europa septentrional, el papa Eugenio había dado su aprobación a otra obra profundamente original, la *Cosmografía* de Bernardo Silvestre. El hecho de que tanto la *Cosmografía* como el *Scivias*... recibiesen la bendición pontificia reviste una importancia capital para la historia del pensamiento del siglo XII” (P. DRONKE, *Las escritoras de la Edad Media*, 206).

ción latina de los *Sermones* de san Juan Crisóstomo y el *Tratado de la fe ortodoxa* de san Juan Damasceno. Estamos ante un papa monje, “hijo espiritual de Claraaval”,⁹⁴ que escribe a una monja.

De su correspondencia se conservan cuatro cartas de Hildegarda (1148, 1148-1153, 1153, 1153) y una de Eugenio (1151). No se sabe a ciencia cierta cuántas cartas escribió a la abadesa, pero es claro que estuvieron en contacto hasta su muerte el 8 de julio de 1153. Meditaremos ahora la carta del sucesor de Pedro que nos proveerá de las claves para ser un teólogo monástico.

2.1. *Salutatio: Títulos*

“Eugenio obispo, siervo de los siervos de Dios, saluda y da bendición apostólica a la hija amada en Cristo, al frente de San Ruperto”.⁹⁵

Eugenio se presenta como *obispo*, el obispo de Roma, luego como *siervo de los siervos de Dios*, expresión gregoriana, y por último como “padre” de Hildegarda al llamarla, como Bernardo, *hija amada en Cristo*; en el párrafo siguiente y en el tercero la llamará nuevamente *hija*. En una carta anterior, fechada en 1148, ella lo llamaba: “Oh dulce Padre...Oh padre resplandeciente... tú, padre de los peregrinos...”.⁹⁶

El papa saluda y bendice a la destinataria, identificándola no por su nombre propio, sino también por su servicio: superiora de San Ruperto. Benedicto XVI ha recordado que:

“Su manera de ejercer el ministerio de la autoridad es ejemplar para toda comunidad religiosa: suscitaba una santa emulación en la práctica del bien, tanto que, como muestran algunos testimonios de la época, la madre y las hijas competían en amarse y en servirse mutuamente”.⁹⁷

Los tres “títulos” pontificios y el de la destinataria, que sólo

94. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Vida de San Malaquías* XXX, 67, II, Madrid, BAC, 417.

95. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard*, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, 118.

96. *Epistola II, De Hildegard al papa Eugenio*, en: *Vida y visiones de Hildegard von Bingen*, 117.

97. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (I)”, 8.

pueden ser entendidos desde el servicio de autoridad en la fe, encuadran adecuadamente, como lo hacían en la del abad, la enseñanza de la carta.

2.2. *Captatio benevolentia o exordio: Claves*

2.2.1. Pascual-esponsal

“Nos alegramos, hija, y gozamos en el Señor, de que tu honorable fama se haya difundido a lo largo y a lo ancho, y seas para muchos *olor de la vida que lleva a la vida* (2 Cor 2, 16) y que la tropa de creyentes exclame en alabanza tuya: *¿Qué es eso que sube del desierto, cual columna de humo sahumado de mirra e incienso, de todo polvo de aromas exóticos?* (Cant 3, 6)”.⁹⁸

El papa, como Bernardo, se alegra y goza, pero no sólo por el don divino, sino también por el conocimiento que el mundo, “a lo largo y a lo ancho”, y la Iglesia, “la tropa de creyentes”, han tenido de Hildegarda y su carisma.

Detengámonos en los textos bíblicos, que según creemos no pueden estar mejor elegidos por las resonancias que deben haber suscitado en el corazón de una monja formada en y por la *lectio divina*.⁹⁹

El primer texto está tomado de 2 Co 2,14-17:

“Demos gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y por intermedio nuestro propaga en todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque nosotros somos la fragancia de Cristo al servicio de Dios, tanto entre los que se salvan, como entre los que se pierden, para estos, aroma de muerte, que conduce a la muerte; para aquellos, *aroma de vida, que conduce a la Vida*. ¿Y quién es capaz de cumplir semejante tarea? Pero nosotros no somos como muchos que trafican con la Palabra de Dios, sino que hablamos con sinceridad en nombre de Cristo, como enviados de Dios y en presencia del mismo Dios”.

Y el segundo del *Cantar de los Cantares*, allí donde el coro canta: “*¿Qué es eso que sube del desierto, como columna de humo, per-*

98. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard*, 118.

99. Cf. P. E. GÓMEZ, “La *meditatio* en la *lectio divina* del siglo XII”, en: IX Jornadas de Teología, Filosofía y Ciencias de la Educación, 15-17 de mayo de 2002, Córdoba, 85-90.

fumada de mirra y de incienso y de todos los perfumes exóticos?” (Ct 3, 6). Y la amada responde: “Es la litera de Salomón... Hijas de Jerusalén, salgan a contemplar al rey Salomón con la corona que le ciñó su madre, el día de su boda, el día de su alegría” (Ct 3,7.10.11).

Como podemos apreciar ambos textos del Nuevo y del Antiguo Testamento, en su sentido espiritual alegórico, se hacen eco mutuamente: el cortejo triunfal, pascual y nupcial a la vez, el perfume y el incienso, la invitación a conocer y contemplar, y la centralidad de Cristo, prefigurado en Salomón.

En la cita paulina encontramos además la mención de los que se salvan, que son los miembros de Cristo, y los que se pierden por estar separados de El. La esposa para Hildegarda es siempre la Iglesia, o dicho de otra manera, su eclesiología es sponsal; así lo advertimos por ejemplo en la tercera visión de la segunda parte de *Scivias*:

“Así como el bálsamo se destila del árbol, y como las fuertes esencias aromáticas emanan del vaso de alabastro donde están guardadas... así nació de la Virgen el Hijo de Dios: suavemente, sin oscuridad ni escollo, y así también de la Iglesia, Su Esposa, engendra a sus hijos sin que la anuble el error, y permanece virgen en la integridad de la fe”.¹⁰⁰

La clave eclesiológico-esponsal está unida a la cristológico-pascual. Lo señala Benedicto XVI: “En el árbol de la cruz se llevan a cabo las nupcias del Hijo de Dios con la Iglesia, su esposa, colmada de gracias y capaz de dar a Dios nuevos hijos, en el amor del Espíritu Santo”.¹⁰¹

Eugenio señala que la abadesa es: “olor de vida que lleva a la vida”, por eso recibe la justa alabanza de los que creen. En *Scivias* el Viviente dice:

“...como bálsamo que con suavidad se destila del árbol, así surgió al principio este pueblo, de forma singular, en el desierto y en lugares retirados y, lo mismo que el árbol extiende sus ramas, lentamente medró hasta hacerse multitud plena (...) mi siervo Benito hizo del designio de esta orden, que antes de él era un arduo camino, una senda apartada y llana, merced a la dulce inspiración del

100. *Scivias* II, III, 13, 123.

101. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (II)”, 12.

Espíritu Santo, y, por ella, congregó a la inmensa cohorte de su regla, igual que mi Hijo reunió junto a Sí, por su suave aroma, al pueblo cristiano (...) Mira que son custodios de Mi pueblo, por voluntad Mía”.¹⁰²

Traemos a colación este texto para recordar que: a) los “aromáticos”, “comprometidos en el camino de la secreta renovación”,¹⁰³ son los miembros del orden monástico; b) son aroma de vida que conduce a la vida, porque han sido destilados del árbol de la vida, la cruz pascual; y c) existe un vínculo indisoluble entre el monacato aromático y la Iglesia Esposa-Madre aromática.

2.2.2. Pneumático-metodológica

“Consideramos que tu alma arde en el fuego del amor divino de tal modo que no tienes necesidad de exhortación alguna para obrar bien. Por ello, nos parece superfluo multiplicar palabras exhortativas contigo, pues tu alma ya descansa suficientemente en la fuerza de Dios para tratar de sostenerla con palabras”.¹⁰⁴

Nuevamente encontramos similitud con la carta del abad, Hildegarda no necesita palabras exhortativas, pero en lugar de la “unción interior”, nos encontramos con otro signo del Espíritu Santo: “el fuego del amor divino”, que encontrará su resonancia en la “llama” del párrafo siguiente. Y el papa agrega una frase que reafirma la idea: “tu alma ya descansa suficientemente en la fuerza de Dios para tratar de sostenerla con palabras”. La *debilidad-necedad* de ser, como se llama a sí misma en la carta citada más arriba, “pobrecita forma...pobre forma que fue hecha de una costilla y que no ha sido enseñada por filósofos”,¹⁰⁵ encuentra su sostén y descanso en la *fuerza-sabiduría* de Dios, que es otra forma de llamar al Espíritu.¹⁰⁶

Lo que en la carta de Bernardo era la *narratio*, como respuesta a la inquietud de la abadesa, es la *captatio benevolentiae* en la de Euge-

102. *Scivias* II, V, 14, p. 157; 20,162.

103. Cf. *Scivias* II, V, 37.38, 172-173.

104. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard*, 118.

105. *Epistola II, De Hildegard al papa Eugenio*, 117.

106. “El Apóstol no permite a la mujer enseñar en la Iglesia; pero ésta liberada de esa condición por el Espíritu Santo y enseñada por su magisterio, en la sabiduría, ha aprendido en su corazón por su propia experiencia lo que está escrito: *Feliz el hombre al que instruyes y enseñas con tu ley (Sal 93, 12)*” (GUILBERTO DE GEMBOUX, *Ep. XVII*).

nio, que bien podría haber hecho suyas las palabras de Bernardo a Elredo: "...me resulta mucho más sabroso que me digas que no te has educado con ningún gramático, sino en la escuela del Espíritu Santo, ya que de este modo posees un gran tesoro en una vasija de arcilla, y *esa fuerza extraordinaria es de Dios y tuya*".¹⁰⁷ Porque a ella asisten los monjes, como dice en otra carta el abad: "...hasta que *Cristo no se forme* más plenamente en ellos y aprendan a luchar con maestría los combates del Señor (...) se instruyan en la escuela del Espíritu Santo y sean revestidos de fuerza desde lo alto".¹⁰⁸

En *El libro de los merecimientos de la vida* encontramos un fragmento, comentario de la visión del Hombre que mira hacia el oeste y hacia el norte,¹⁰⁹ que podríamos llamar el *discurso del método hildegardiano*:

"Porque el Espíritu Santo había penetrado de tal manera la racionalidad del hombre que éste profetizaba. *Y también hacía esto en virtud de la visión*, cuando los profetas, iluminados por el Espíritu Santo, veían en el Espíritu Santo los acontecimientos futuros con gran anticipación (*Hebr. 11, 13*). *Asimismo decían muchas cosas en virtud de la sabiduría*, porque la omnipotencia de Dios tocaba sus espíritus, ya que declaraba la significación de muchísimas cosas, como también la sabiduría estableció todas las cosas. *Y también gracias a la ciencia*, cuando la Palabra de Dios fijaba Su mirada en el conocimiento de ellos y los inspiraba de manera tal que decían lo que estaba oculto y escondido (...) *Esto son los milagros de la Divinidad*, que Dios en Sus prodigios anuncia a través de los profetas, o sea cuando ellos hablan, viendo anticipadamente lo que así ven en el Espíritu y escribiendo, cuando por mandato de Dios lo traen de su buena memoria; y tocando la cítara. Pues la racionalidad inspirada por el Espíritu Santo encuentra la melodía y los ritmos en la voz y en las palabras de quienes alaban a Dios; porque ella emite un sonido, y por eso también en esto alaba a Dios".¹¹⁰

Subrayemos sólo algunos elementos: a) lo que se dice de la profecía podemos, siguiendo a Gregorio Magno,¹¹¹ aplicarlo a la teología; b) los sujetos que se unen en la labor teológica son el Espíritu Santo y el hombre, "el Espíritu Santo había penetrado de tal manera la racio-

107. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta 523, Al abad Elredo*, VII, 1285.

108. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Carta 341, A Malaquías, arzobispo de Irlanda* 1, VII, 1001.

109. Cf. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *El libro de los merecimientos de la vida*, II, 144-145.

110. *Ibid.*, II, 30, 164.

111. "¿Pero quiénes son estos profetas, sino los grandes predicadores de la santa Iglesia? Porque el ministerio del profeta consiste en revelar lo que está oculto y predecir los hechos futuros. Mas los doc-

alidad del hombre que éste profetizaba (...) la racionalidad inspirada por el Espíritu Santo...”; c) hay tres órdenes, en sentido pascaliano,¹¹² distintos y relacionados entre sí, en los que se realiza el quehacer teológico: la visión (teología mística), la sabiduría (teología sapiencial) y la ciencia (teología científica); d) el objeto son “los milagros de la Divinidad”, la obra de Dios Trinidad: la creación, la redención y la santificación (cf. *Liber divinorum operum*); e) existen tres modos de comunicarla a los demás: hablar lo visto, es decir, predicar, escribir lo memorizado, publicar, y cantar;¹¹³ y f) la fuente y el culmen de la teología es la liturgia:¹¹⁴ “encuentra la melodía y los ritmos en la voz y en las palabras de quienes alaban a Dios; porque ella emite un sonido, y por eso también en esto alaba a Dios”.¹¹⁵

tores de la santa Iglesia, cuando traen los significados ocultos de las Escrituras al conocimiento común, abren lo misterioso, oculto y desconocido; y cuando predicán los gozos eternos, revelan el futuro. Por consiguiente, los profetas vienen a nuestro encuentro: porque los doctores de la santa Iglesia nos manifiestan la verdad de las Sagradas Escrituras” (*Comentario al Libro I de los Reyes* 4, 173).

112. “La distancia infinita de los cuerpos a los espíritus figura la distancia infinitamente más infinita de los espíritus a la caridad; porque es sobrenatural (...) Son tres órdenes de género diferente (...) Todos los cuerpos en conjunto, y todos los espíritus en conjunto, y todas sus producciones, no valen el menor movimiento de caridad. Esto es de un orden infinitamente más elevado. De todos los cuerpos en conjunto no podría obtenerse un pequeño pensamiento: esto es imposible y de otro orden. De todos los cuerpos y espíritus, no se podría obtener un movimiento de verdadera caridad: esto es imposible y de otro orden, sobrenatural” (B. PASCAL, *Pensamientos*, II. *El hombre con Dios*, Buenos Aires, Aguilar, 1959, 240-242). Cf. P. E. GÓMEZ, “La propuesta de Pascal: una inteligencia completa”, Córdoba, 2013 (inédito).

113. Cf. M. D. BUISEL DE SEQUEIROS, “La carta de Hildegarda de Bingen al capítulo de Maguncia y el origen del canto litúrgico de las Horas”, en: *Desde el fulgor de la luz viviente...Hildegarda, abadesa de Bingen*, 85-95.

114. “...cuando Josafat le preguntó (a Eliseo) por lo futuro, faltándole la inspiración profética (2 Re 3, 15), mandó que le llevasen uno que tañera el arpa, para que, mientras este cantaba al son del arpa, descendiera a él la inspiración profética y le revelara lo futuro; pues la voz de la salmodia, cuando se hace con la devoción del corazón, por ella se abre el Señor omnipotente el camino al corazón para que infunda al alma devota bien los secretos de la profecía o bien la gracia de la compunción. Por eso está escrito (*Sal* 49, 23): *El sacrificio de alabanza, ése es el que me honra, y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios*. Ahora bien, lo que en latín significa (*salutare Dei*) la salvación de Dios, en hebreo significa Jesús; por consiguiente, en el sacrificio de alabanza se abre camino a Jesús; porque, cuando por medio de la salmodia se infunde la compunción, en nuestro corazón se abre camino por el cual al fin se llega a Jesús, conforme Él lo dice, hablando de su manifestación (*Jn* 14, 21): *El que me ama será amado por mi Padre; yo lo amaré y yo mismo me manifestaré a él*. También por eso está escrito (*Sal* 67, 5): *Cantad al Señor, entonad salmos a su nombre, allanad el camino al que sube sobre el occidente. El Señor es el nombre suyo*, pues quien, resucitando, venció la muerte, ese mismo es el que sube sobre el occidente; al cual, cuando cantamos, allanamos el camino para que venga a nuestro corazón y nos inflame en la gracia de su amor” (SAN GREGORIO MAGNO, *Homilías sobre Ezequiel* I, 1, 15).

115. Cf. A. MEIS, “*Symphonia de Sancta Maria*, La mística dogmática de Hildegard von Bingen”, *Anuario de Historia de la Iglesia* 16 (2007) 245-263.

Sobre este último punto conviene recordar lo que dice Bernardo: "...nadie que presume de religioso o de sabio puede ignorar lo que venera o celebra".¹¹⁶ Y Olegario González de Cardedal señala que: "Ha habido una teología monástica, elaborada en el monasterio con el templo y la celebración en su centro, destinada a profundizar, explicitar y amar la fe... teología litúrgico-contemplativa".¹¹⁷ El desde dónde originante de la teología coincide con el hacia dónde consumidor.¹¹⁸

Por otra parte, anticipando lo que sigue, lo que se afirma de la profecía-teología, también puede decirse de la vida monástica según leemos en el abad de Claraual:

"¡Qué estilo tan maravilloso de profecía es éste al que os veo consagrados! ¡Qué ímpetu profético os absorbe! Sí, es cierto. No poner la mira en lo que se ve, sino, como enseña el Apóstol, en lo que no se ve, es sin duda alguna profetizar. Guiarse por el Espíritu, vivir de la fe, buscar lo de arriba y no lo de la tierra, olvidar lo que queda atrás y lanzarse a lo que está adelante, es una profecía viviente. ¿Cómo podemos ser ciudadanos del cielo, si no es por el espíritu de profecía?".¹¹⁹

2.3. Narratio: Clave monacal

2.3.1. Dimensiones

"No obstante, del mismo modo que un fuerte viento hace mayor la llama y las espuelas aumentan la velocidad del caballo en la carrera, hemos estimado proponer esto a tu creencia religiosa para que no desaparezca de tu memoria, pues no a los que empiezan sino a los que acaban se les debe la palma y la gloria, pues, como dice el Señor: *al vencedor le daré de comer del árbol de la vida, que está en el centro del Paraíso (Ap 2, 7)*".¹²⁰

Eugenio y Bernardo la alientan a más todavía. El papa cisterciense la exhorta a perseverar hasta el fin y para animarla cita la conclusión

116. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones litúrgicos, En la Dedicación de la Iglesia, Serm. 4, 1, IV, 593.*

117. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *El quehacer de la teología, Génesis, Estructura y Misión*, Salamanca, Sígueme, 2008, 81-82.

118. Cf. P. E. GÓMEZ, "La liturgia *culmen et fons* de la Teología monástica medieval", en: XII Jornadas de Teología, Filosofía y Ciencias de la Educación, 17- 19 de mayo de 2005, Córdoba, 115-128.

119. SAN BERNARDO DE CLARAVAL, *Sermones litúrgicos, En las faenas de la cosecha, Serm. 3, 6, IV, 331.*

120. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard, 118.*

de la Carta a la Iglesia de Éfeso en el *Apocalipsis*: “El que pueda entender, que entienda lo que el Espíritu dice a las Iglesias: al vencedor, le daré a comer del árbol de la vida, que se encuentra en el Paraíso de Dios”. Además de enlazar con las claves anteriores, por su contenido y contexto, presenta dos de las dimensiones que configuran la clave monacal: el retorno al Paraíso y el deseo del Cielo. El árbol de la vida, imagen que conecta con el párrafo anterior, reúne el sentido alegórico del jardín del Génesis y el anagógico de la ciudad del *Apocalipsis*.

2.3.2. Instrumentos

“Piensa pues, hija, que la antigua serpiente que echó del Paraíso al primer hombre deseó que muchos se perdieran, como Job, y después de devorar a Judas solicitó el poder de cribar a los apóstoles (*Lc 22, 31*). Y como sabes, *muchos son llamados, mas pocos escogidos (Mt 22, 14)*, únete a los pocos, persiste hasta el final en la santa conversión, instruye a las hermanas confiadas a tu dirección en las obras de salvación, de modo que, al igual que ellas, puedas alcanzar con la ayuda de Dios el gozo, *que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó (1 Co 2, 9)*”.¹²¹

Atendamos de nuevo a los textos bíblicos. El primero está tomado de *Lc 22,31*: “Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido poder para zaramdearlos como el trigo, pero yo he rogado por ti, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos”. El anuncio de la prueba y las negaciones de Pedro. Se trata de otra dimensión de la vida monástica: la lucha espiritual, que se une a las dos anteriores. Una lucha en la que se vence por la fe y la confianza.

El segundo es *Mt 22,14*: “porque muchos son los llamados, pero pocos son elegidos”. Es la conclusión de la doble parábola de los invitados al banquete nupcial y del traje de fiesta, los elegidos son los miembros de la Iglesia, resuena aquí la clave pascual-esponsal.

Y el último es *1 Co 2, 9*: “Nosotros anunciamos, como dice la Escritura, lo que nadie vio ni oyó y ni siquiera pudo pensar, aquello que Dios preparó para los que lo aman”. Síntesis de la predicación de Pablo, que para una monja trae a la memoria el final del capítulo IV, 75-78 de la *RB*:

121. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard, 118-119.*

“Estos son los instrumentos del arte espiritual. Si los usamos día y noche, sin cesar, y los devolvemos el día del juicio, el Señor nos recompensará con aquel premio que Él mismo prometió: *Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni llegó al corazón del hombre lo que Dios ha preparado a los que lo aman* (1 Co 2,9). El taller, empero, donde debemos practicar con diligencia todas estas cosas, es el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad”.¹²²

Los instrumentos para Hildegarda según Eugenio son: a) “piensa (...) hija que la antigua serpiente que echó del Paraíso al primer hombre deseó que todos se perdieran...”, es decir, reflexiona sobre la lucha espiritual, tema ya adelantado en: “hemos estimado proponer...”, y ella lo hizo magistralmente en la séptima visión de la segunda parte de *Scivias*¹²³ y en *El libro de los merecimientos de la vida*; b) “únete a los pocos”, es decir, no te separes de la Iglesia, en *Scivias* se lee: “Por eso ves una imagen de mujer, inmensa como una gran ciudad: representa a la Esposa de Mi Hijo (...) Ningún enemigo prevalecerá en lucha contra ella: arroja de sí la impiedad y en la fe se expande...”,¹²⁴ con razón Hans Urs von Balthasar la ha llamado “mística dogmática”, porque le “interesaba ante todo un mensaje que había que transmitir a la Iglesia, un mensaje que había que cumplir con objetividad y espíritu de servicio, mensaje que no era, desde luego, otra cosa que una interpretación de la revelación única para el hoy de la Iglesia”,¹²⁵ y por esto ella escribirá “en el corazón de la Iglesia”, una serie de advertencias a papas, prelados, sacerdotes, monjes y maestros;¹²⁶ c) “persiste hasta el final en la santa conversión”, es decir, persevera en la vida monástica hasta la muerte, hasta tu pascua (cf. *RB*, Pról. 50); y d) “instruye a las hermanas confiadas a tu dirección en las obras de salvación”, cumpliendo su función de abadesa según la *RB*,¹²⁷ “de modo que, al igual que ellas, puedas alcanzar con la ayuda de Dios

122. SAN BENITO, *La Regla de los monjes*, 46.

123. Cf. *Scivias* II, 7, 251-264.

124. *Scivias* II, 3, 1, 118.

125. H. U. VON BALTHASAR, “Teología y Santidad”, en: *Ensayos teológicos I, Verbum Caro*, Madrid, Cristiandad, 1964, 247.

126. Cf. A. FRABOSCHI, “En el corazón de la Iglesia o las advertencias de Hildegarda”, en: *Bajo la mirada de Hildegarda abadesa de Bingen*, 45-65.

127. “...el abad no debe enseñar, establecer o mandar nada que se aparte del precepto del Señor, sino que su mandato y su doctrina deben difundir el fermento de la justicia divina en las almas de los discípulos. Recuerde siempre el abad que se le pedirá cuenta en el tremendo juicio de Dios de estas dos cosas: de su doctrina, y de la obediencia de sus discípulos (...) Sepa que quien recibe almas para gobernar, debe prepararse para dar cuenta de ellas. Tenga por seguro que, en el

el gozo...”, o dicho de otro modo, le indica que ejerza su ministerio con el buen celo de la *RB*,¹²⁸ texto que ella comenta de la siguiente manera:

“San Benito termina afirmando que el reino de los cielos estará abierto a quienes hagan estas cosas (Cf. *RB* 72, 12) descritas en la Regla, que no son demasiado suaves, ni excesivamente restrictivas. Evitando mirar hacia la derecha y hacia la izquierda, llevarán a quienes las cumplan al cielo”.¹²⁹

Es bueno recordar lo que escribía Hildegarda en 1173 en una carta al abad Nicolás:

“Ahora ciertos hombres están divididos en dos partes en sus corazones: en una parte y con la soberbia de su espíritu quieren conocer todas las cosas; en la otra parte experimentan odio ante el aprovechamiento de quienes caminan por el camino recto. A estos hombres fatiga con cruel daño la malvada turba diabólica, conocida como corazón del mal; esta clase de espíritus malignos no osa contradecir lo que Dios ha establecido, pero a cada causa opone otra, de manera tal que esos hombres dicen que en su opinión es bueno y santo a los ojos de Dios esto que ellos mismos quieren y eligen en su perdición. Y así, en medio de gran irrisión, conducen al pueblo. Pero ¿cómo librarse de esta gente? Se la destruye por la humildad y la estabilidad de los hombres fieles”.¹³⁰

El texto tiene cierta reminiscencia de *RB* II, 6-9:

“La tercera es una, es una pésima clase de monjes: la de los sarabaítas. Éstos no han sido probados como oro en el crisol por regla alguna en el magisterio de la experiencia, sino que, blandos como plomo, guardan en sus obras fidelidad

día del juicio, ha de dar cuenta al Señor de tantas almas como hermanos haya tenido confiados a su cuidado, además, por cierto, de su propia alma. Y así, temiendo siempre la cuenta que va a rendir como pastor de las ovejas a él confiadas, al cuidar de las cuentas ajenas, se vuelve cuidadoso de la suya propia, y al corregir a los otros con sus exhortaciones, él mismo se corrige de sus vicios” (SAN BENITO, *La Regla de los monjes* II, 4-6. 37-40, 31-37); Cf. *RB* LXIV.

128. “Así como hay un mal celo de amargura que separa de Dios y lleva al infierno, hay también un celo bueno que separa de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Practiquen, pues, los monjes este celo con la más ardiente caridad, esto es, *adelántense para honrarse unos a otros* (*Rm* 12,10); tolérense con suma paciencia sus debilidades, tanto corporales como morales; obedézcanse unos a otros a porfía; nadie busque lo que le parece útil para sí, sino más bien para otro; practiquen la caridad fraterna castamente; teman a Dios con amor; amen a su abad con una caridad sincera y humilde; y nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos juntamente a la vida eterna” (*ibid.*, 179-180).

129. SANTA HILDEGARDA DE BINGEN, *La Regla de San Benito explicada por Sta. Hildegarda* 37, en: *Cistercium* 204, (1996), 34.

130. *Epistola CXVI, De Hildegard al abad Nicolás*, citado por A. FRABOSCHI, en: *Bajo la mirada de Hildegarda*, 41.

al mundo, y mienten a Dios con su tonsura. Viven de dos en dos o de tres en tres, o también solos, sin pastor, reunidos, no en los apriscos del Señor sino en los suyos propios. Su ley es la satisfacción de sus gustos: llaman santo a lo que se les ocurre o eligen, y consideran ilícito lo que no les gusta”.¹³¹

Hildegarda parece decir que había también teólogos “sarabaítas”; y la respuesta que da a ¿cómo librarse de ellos?, por la humildad y la estabilidad, no ha perdido vigencia. “Estabilidad en la comunidad”.

Scivias muestra otro modo de hacer teología cuando compara la comprensión de la fe con la recolección del maná en el éxodo por el desierto hacia la tierra prometida:

“...que cada fiel recoja, con sincero y recto corazón, el sustento que su alma necesite según la potencia de su fe, guardándose de escrutar la Divinidad por alturas o profundidades que rebasen lo que, con su razón y su pensamiento, puede captar, antes bien, actúe mesuradamente, como le enseñó el Espíritu Santo, sometiéndose al temor de Dios, pues mísera ceniza es el hombre”.¹³²

Y un poco más adelante agrega, como si estuviera describiendo la teología monástica:

“Así pues, no Me escudriñes temerariamente a través de Mis secretos y no te quemarás. Mas si con devoto ánimo quisieras buscarlos, entonces suplícalos celosamente con oraciones, lágrimas y ayuno, como también hicieron, en verdad, tus antiguos padres y muchas veces les fueron revelados. Y cuando así los hayas buscado y hallado, deja cuanto quede al Espíritu Santo”.¹³³

2.4. Conclusio: preocupación por la discípula

“Por lo demás, y en lo que respecta a lo que quisiste pedirnos, se lo hemos encomendado a nuestro venerable hermano Enrique, arzobispo de Mainz: o bien la regla de aquella hermana que le fue concedida por ti es estrictamente observada en el lugar decidido por él, o bien que la devuelva al magisterio de tu disciplina. Se te dará cuenta de esto con mayor abundancia desde la transcripción de esta carta”.¹³⁴

131. SAN BENITO, *La Regla de los monjes*, 29-30.

132. *Scivias* II, 6, 42, 219.

133. *Scivias*, II, 6, 60, 228.

134. *Epistola IV, Del papa Eugenio a Hildegard*, 119.

Se refiere a un pedido de Hildegarda por un caso concreto, “...en 1151 Richardis es elegida abadesa de un convento en Bassum, Sajonia, en la diócesis de Bremen (...) Al año siguiente, en 1152, el arzobispo Hartwig escribe a Hildegarda para anunciarle la muerte repentina de su hermana”.¹³⁵ Se trata de un acontecimiento terrible para Hildegarda,¹³⁶ y en su *Vida* leemos:

“Cuando estaba escribiendo el libro *Scivias*, tenía en pleno amor a una monja noble, hija de la citada marquesa, como Pablo a Timoteo. Se había unido a mí en todo por medio de una amorosa amistad, compartiendo conmigo los sufrimientos hasta que terminara aquel libro. Pero debido a su distinguido linaje se inclinó por un puesto más elevado y quiso ser nombrada madre de un importante monasterio, lo ambicionaba no tanto según Dios sino según el honor del siglo. Después que se hubiera trasladado a un lugar alejado de nosotras, y se hubiera alejado de mí, perdió muy pronto la vida presente con el nombre de su dignidad”.¹³⁷

¿Cómo interpretar correctamente el suceso? P. Dronke nos da una pista: “Para Hildegard, la pérdida de Richardis representaba la pérdida de una íntima colaboradora y de su discípula más admirada y a la que estaba más profundamente unida”.¹³⁸ A esto hay que sumarle dos problemas muy serios de su tiempo: la simonía, porque fue postulada “alterando la normativa para la elección de las abadesas, puesto que allí nadie la conocía”,¹³⁹ y el que puntualiza el papa, el relajamiento de la observancia monástica: “o bien la regla de aquella hermana que le fue concedida por ti es estrictamente observada en el lugar decidido por él, o bien que la devuelva al magisterio de tu disciplina”.

El asunto no pasa pues por un afecto desordenado, sino por el amor ordenado de una madre-maestra por su hija-discípula y por el deseo de su salvación. Está preocupada por la juventud e inexperiencia de Ricarda, pero sobre todo por las motivaciones mundanas, propias y ajenas, que la perjudican a ella y a la comunidad para la que fue designada. Así en la *conclusio* resuena un eco de los títulos de la *salutatio*.

135. R. PÉRNAUD, *Hildegarda de Bingen*, 47-48.

136. Lo mismo puede inferirse de las cartas al arzobispo de Mainz, a la madre de Richarda, al arzobispo Hartwig de Bremen y como vemos a Eugenio III.

137. THEODERICH VON ECHTERNACH, *Vida*, II, V, 57

138. P. DRONKE, *Las escritoras de la Edad Media*, 215.

139. A. FRABOSCHI, “Hildegarda de Bingen. Presentación”, en: *El Libro de los merecimientos de la vida*, 13.

La preocupación por su discípula es un muy buen ejemplo de lo que el papa le aconsejaba en el párrafo anterior. Baste recordar como comienza y termina la carta que le escribe: “Escucha, hija, a tu madre espiritual, que te dice: mi dolor aumenta... Pero que el ángel de Dios te guíe y que el Hijo de Dios te proteja y que la madre de éste te guarde. Acuérdate de tu pobre madre Hildegarda; que no te abandone la felicidad”.¹⁴⁰

En la carta de Eugenio III encontramos las claves objetivas: cristológico-pascual, eclesial-esponsal, pneumático-metodológica y monacal, junto con algunos instrumentos necesarios para ser un teólogo monástico, que como hemos podido apreciar se encuentran funcionando plenamente en Hildegarda y por eso ha sido declarada Doctora de la Iglesia.

Conclusión

Las cartas de Bernardo abad de Claraval y del papa Eugenio III a Hildegarda de Bingen pueden ser leídas como un díptico, ya que mientras la primera muestra los requisitos subjetivos, la segunda hace otro tanto con las claves objetivas para ser una “auténtica maestra en teología”, con una experiencia e inteligencia de la fe, en las que al decir de Benedicto XVI:

“Fe y razón, en diálogo recíproco, vibran de alegría cuando ambas están animadas por la búsqueda de la íntima unión con Dios. Cuando el amor vivifica la dimensión orante de la teología, el conocimiento que adquiere la razón se ensancha. La verdad se busca con humildad, se acoge con estupor y gratitud: en una palabra, el conocimiento sólo crece si se ama la verdad. El amor se convierte en inteligencia y la teología en auténtica sabiduría del corazón, que orienta y sostiene la fe y la vida de los creyentes”.¹⁴¹

Concluimos uniéndonos a la oración del papa:

“Invoquemos siempre al Espíritu Santo, a fin de que suscite en la Iglesia muje-

140. Citada por DRONKE, *Las escritoras de la Edad media*, 217-218.

141. BENEDICTO XVI, “Teología monástica y teología escolástica”, en: *Los Maestros II, Padres y escritores del Medioevo*, Buenos Aires, Ágape Libros, 2010, 56.

res santas y valientes, como santa Hildegarda de Bingen, que, valorizando los dones recibidos de Dios, den su valiosa y peculiar contribución al crecimiento espiritual de nuestras comunidades y de la Iglesia en nuestro tiempo”.¹⁴²

PEDRO EDMUNDO GÓMEZ, OSB.
ABADÍA CRISTO REY
EL SIAMBÓN, TUCUMÁN
23.10.2012 – 28.10.2013

142. BENEDICTO XVI, “Santa Hildegarda de Bingen (II)”, en: *Figuras femeninas del Medioevo*, 15.